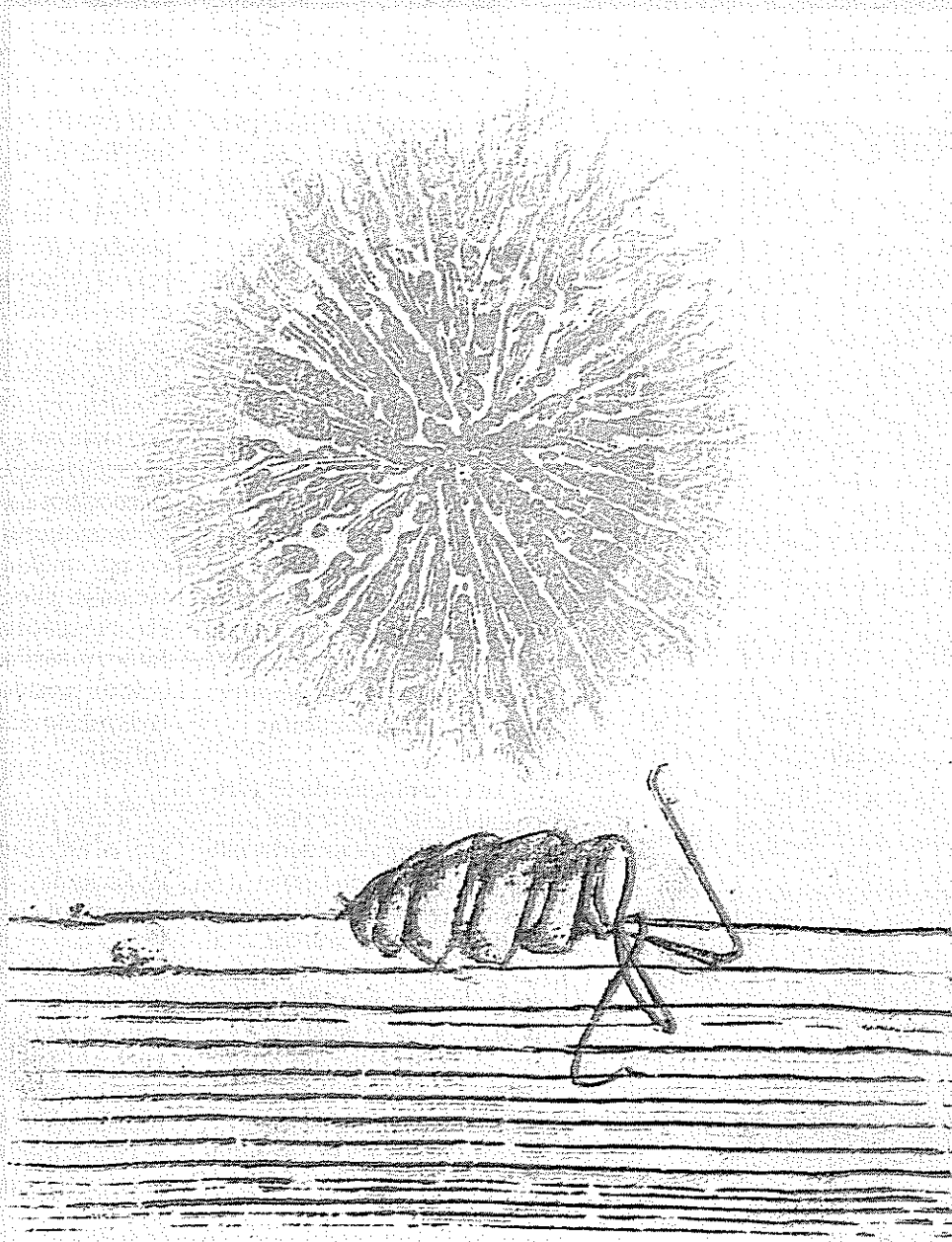


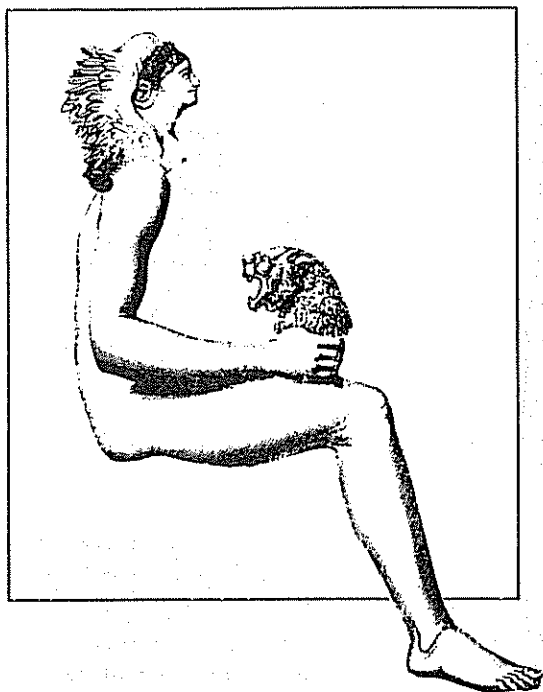
izquierda

9

Diciembre 1992
Circula
con VOZ

¡Que estalle la paz!





EL MILAGRO ECONOMICO DE LA ADMINISTRACION GAVIRIA

Jairo Estrada Alvarez*

A juzgar por los resultados que registran los principales indicadores económicos, todo pareciera indicar que la economía colombiana se encuentra en la fase expansiva del ciclo corto. Al finalizar 1992 se espera que el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) oscile entre 2.5 y 3.0 por ciento; el índice de inflación habrá descendido a cerca del 26 por ciento; las reservas internacionales netas se situarán entre 7.700 y 7.900 millones de dólares; el peso se habrá revaluado con relación al dólar y las demás monedas duras; el déficit fiscal se habrá reducido a un equivalente del 0.3 al 0.5 por ciento del PIB. A lo anterior se agrega la significativa disminución de la tasa de desempleo, que ya bajó del 10 por ciento.

Ese panorama favorable para 1992, será mucho más halagador en 1993 si se consideran las proyecciones del Banco de la República, de los centros de investigación de los gremios económicos y de Fedesarrollo. El PIB crecerá 5 por ciento; se mantendrá la tendencia a la disminución del ritmo de crecimiento de la inflación, que alcanzará 22 por ciento, y las reservas internacionales superarán los 8.500 millones de dólares, como para mencionar algunos ejemplos.

Al tener en cuenta que esos registros se han producido en condiciones de racionamiento energético, de reducción de los precios internacionales del café y de una profundización del conflicto armado, cabría preguntarse si es que estamos viviendo los éxitos de la apertura económica y nos encontramos *ad portas* de un "mila-

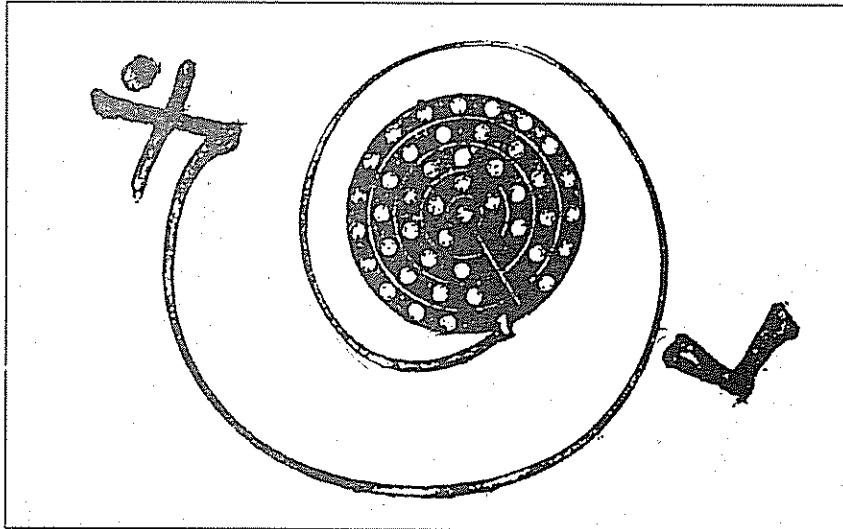
gro económico" a la colombiana. Ese es sin duda el pensar del equipo económico neoliberal del Gobierno de Gaviria. Así lo parecen interpretar los representantes de los principales gremios del capital.

No obstante, al penetrar la trasescena de la estadística oficial, intento indicar otras respuestas que cuestionan los alcances de la política neoliberal de Gaviria.

Distribución del ingreso

Si el asunto se viera desde la perspectiva del ingreso es claro que los beneficios del crecimiento no están favoreciendo a la sociedad en su conjunto. La apertura económica ha producido procesos redistributivos de ingreso en dos sentidos: de un lado, entre los mismos capitalistas. Del otro, entre el capital y el trabajo, en favor del primero.

*Economista, profesor universitario.



Los "viejos" monopolios capitalistas de la producción, el comercio y las finanzas han sido los principales beneficiados. Atrás ha quedado la falacia de que la apertura produciría su superación en dirección a la competitividad y la eficiencia. Durante los primeros nueve meses de 1992, las 43 empresas más grandes, registradas en la Bolsa de Valores, obtuvieron utilidades de 204 201 millones de pesos (en parte se explica por la introducción

de los ajustes por inflación), es decir, 104 553 millones (104.9%) más que en el mismo periodo de 1992. En el sector financiero, las utilidades de las 46 principales entidades alcanzaron 207 474 millones de pesos. Mientras tanto, más de trescientas mil familias que dependen directamente de la economía del café han visto deprimidos sus ingresos y persisten las tendencias a la crisis en renglones de la llamada agricultura moderna (palma africana, algodón, etc.), en los cultivos de sustitución (cítricos) y la economía campesina.

Los trabajadores han sido afectados por la reducción de su ingreso real durante la administración Gaviria. Si en 1989 el salario mini-

mo equivalía a 94.8 dólares en 1992 (con dólar revaluado) corresponde apenas a 90.93. En los pasados dos años, se han perdido 7 puntos de ingreso real en pesos. Si se cumpliera el propósito gubernamental de incrementar el salario mínimo de 1993 en sólo 24 por ciento, la mayoría de los trabajadores colombianos estaría regresando a niveles de ingreso de finales de la década de los años setenta. Ese deterioro en el nivel de ingreso se pretende compensar, en muchos casos, con alternativas que conducen al desmejoramiento de las condiciones globales de trabajo, como por ejemplo la pro-

longación de la jornada vía horas extras o trabajos adicionales, incluyendo el trabajo casero; el sometimiento a horarios flexibles en función de las necesidades del capital y por ende la alteración del concepto de tiempo libre con todas las implicaciones biológicas, si-

cológicas y culturales que ello tiene.

Empleo

Si la cuestión se ve desde la óptica del empleo, no es constatable que la apertura sea la explicación para el descenso en la tasa de desempleo. En el Estado se ha asistido al despido de trabajadores; en la industria no se puede demostrar un incremento significativo del empleo con respecto a sus niveles históricos y la reconversión en algunas empresas ha producido más desempleo (Paz de Río, Sofasa, Alcalis, etc.); en el comercio, el racionamiento afectó los niveles de empleo. En ese contexto, la reducción del desempleo se explica más

La apertura económica ha producido procesos redistributivos de ingreso en dos sentidos: de un lado, entre los mismos capitalistas. Del otro, entre el capital y el trabajo, en favor del primero.

bien por la coyuntura favorable que vive el sector de la construcción, la cual, según los entendidos, se estará agotando hacia mediados de 1993; el aumento de la informalidad del 53 al 56 por ciento de la población económicamente activa y muy posiblemente, según lo considera ANIF, por un descenso en la productividad (riqueza producida/horas hombre), lo cual iría en contravía (por la consolidación de una economía intensiva en fuerza de trabajo) de los pretendidos propósitos de la apertura y la reconversión industrial.

Nivel de precios

Respecto de la reducción del ritmo de crecimiento de los precios, cabe preguntarse sobre el costo de la política monetarista, en relación con sus "logros". Si en 1991 fueron las operaciones de mercado abierto —OMAS— (cerca de 540.000 millones de pesos), en 1992 ha sido la revaluación del peso para forzar un descenso en las reservas internacionales y contener las presiones hacia la monetización del "exceso" de reservas. Ello condujo a un virtual estancamiento de las exportaciones durante 1992 e incluso a la caída (4,4 según el DANE) de las exportaciones no tradicionales, lo cual estaría en contraposición con los objetivos de la apertura. Estos costos "monetarios" de la política, sumados a los costos "humanos" que resultan de la política salarial ya comentada, se traducen en que en un año, la inflación se habrá reducido solamente poco menos de un pun-

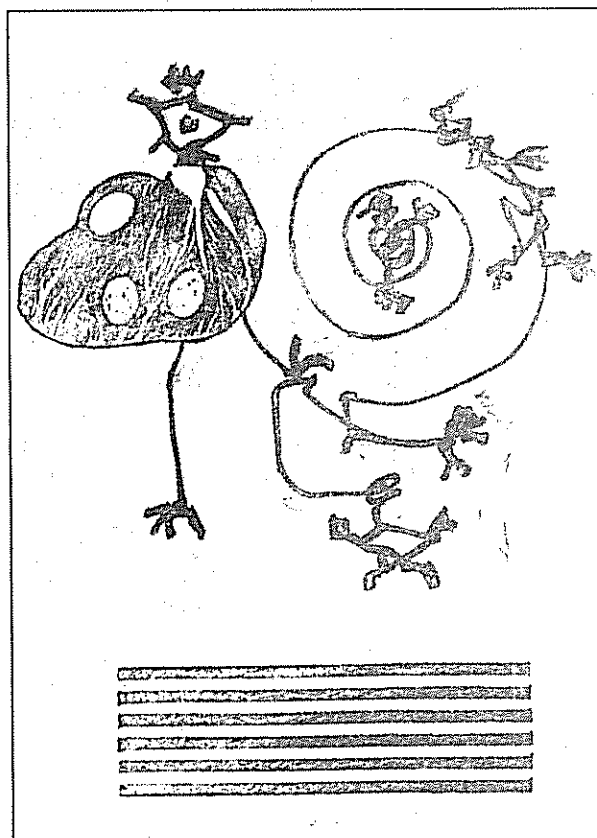
to. Si se considera el tratamiento político que se le da a ciertas alzas, aplazándolas como en el caso de la gasolina, ni siquiera será posible registrar un leve descenso; eso dejando a un lado el fracaso de la "meta" del 22 por ciento para 1992. Desde 1990, el equipo neoliberal aprendió que aplazar alzas de noviembre y diciembre para enero y febrero del año siguiente cumple dos funciones; registrar una tendencia a la reducción del ritmo de crecimiento de los precios hacia final de año, de un lado, y apropiarse de parte del ingreso recuperado por el trabajador con el aumento de salarios del otro. No es casual, que en el último trienio, las mayores tasas de inflación se concentren en los primeros

meses del año; mientras que en el segundo se observe una tendencia a su desaceleración.

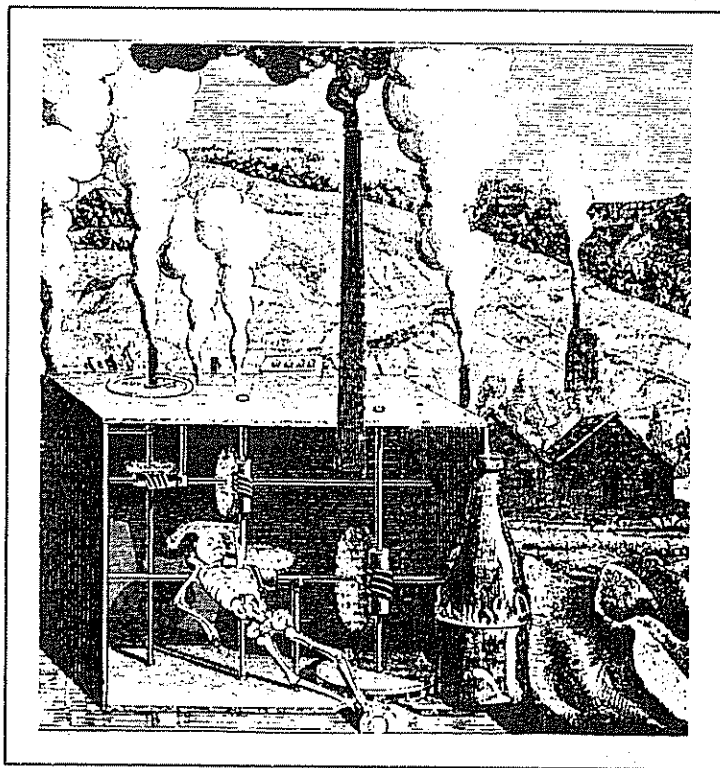
En todo caso, en los primeros meses de 1993 se activarán nuevos mecanismos inflacionarios por la previsible alza de la gasolina y el aumento a 14 por ciento que empezará a regir para el IVA.

Estructura económica

Igualmente debe considerarse que se mantiene una estructura económica que reproduce los patrones de especialización empobrecedora existentes desde décadas precedentes. Si bien los acuerdos subregionales de libre comercio pueden abrir nuevos mer-



cados para los productos colombianos, no hay nada que indique una modificación en la estructura de las exportaciones. El país sigue exportando principalmente recursos naturales no renovables (carbón, petróleo, etc.) y productos como café, banano, flores. El "boom" de las exportaciones menores, de productos industriales no sólo no representa nada nuevo respecto a los productos que ya se exportaban (cuero y calzado, confecciones, textiles, etc.) sino que al parecer se explica por la exportación ficticia y la sobrefacturación que facilita el lavado de dólares y permite cobrar adicionalmente los certificados de reembolso tributario. En esas condiciones se consolidan tendencias a la desindustrialización. En muchos renglones de la activi-



También desde el punto de vista económico existen serias razones para insistir en la necesidad de una solución política negociada al conflicto armado.

dad económica (ensamblajes de automóviles, grasas y aceites, etc.) el capital ha preferido la vía más expedita y rentable de la comercialización de productos importados.

Guerra y crecimiento

Todo lo anterior, lleva a pensar que las bases de la actual expansión económica no son suficientemente sólidas e industrializadoras. De un lado, por las inciertas perspectivas de la economía capitalis-

ta mundial en la que parecieran generalizarse las tendencias a la recesión y el proteccionismo de los países desarrollados. Del otro, por cuanto el capital le sigue apuntando a los dólares del narcotráfico, a las exportaciones de petróleo y a políticas redistribuidoras regresivas del ingreso como pivotes del crecimiento económico. En su mira, no se encuentra el bienestar social de la población, pese a las permanentes aseveraciones en sentido contrario. El "milagro colombiano" es una pobre reproducción de experiencias ya vividas en América Latina, especialmente en el Chile de Pinochet.

En ese contexto, la decisión por la llamada confrontación integral se fundamenta en la confianza que para sectores del capital inspira un

período de expansión y auge. O bien se piensa que la fase actual del ciclo económico tendrá la fuerza suficiente para financiar la guerra o tal vez se aspira a construir tardíamente una economía al estilo de aquella de la guerra fría, para que la industria de la confrontación se convierta en uno de los sectores multiplicadores de inversión, empleo e ingreso y, por ende, en sostén adicional del crecimiento.

En cualquier circunstancia quien pierde es el país por los elevados costos de la dinámica que desencadenan las acciones militares de las partes. También desde el punto de vista económico existen serias razones para insistir en la necesidad de una solución política negociada al conflicto armado. ■